

HAMBRE DE SIGNIFICADO
Apuntes de la Jornada de fin de curso de los Bachilleres
con Julián Carrón y Francesco Barberis

En conexión por vídeo,
2 de junio de 2021

Traducido por: Yolanda Menéndez

© 2021 Fraternità di Comunione e Liberazione para el texto de Julián Carrón

Apuntes de la Jornada de fin de curso
de los Bachilleres
con Julián Carrón y Francesco Barberis
En conexión por vídeo, 2 de junio de 2021

Cantos: *Martino e l'imperatore (Claudio Chieffo)*
Vieroju – Credo (coro)

Francesco Barberis. ¡Buenos días a todos! Nos encontramos en Milán con Carrón, al que doy las gracias muchas cosas, especialmente una que diré dentro de poco. Conmigo y con Julián hay otros amigos para celebrar esta asamblea dentro de la Jornada de fin de curso de los Bachilleres titulada «A pesar de todo, tenemos hambre de significado para la vida». Hay más de doscientos grupos conectados, con más de tres mil participantes, y han llegado más de cien contribuciones vuestras para esta jornada. Las he leído todas –¡soy una fiera!– y os agradezco a cada uno lo que habéis escrito y testimoniado.

La verificación de este tiempo consiste en ver si hemos crecido, si la fatiga ha sido o no un obstáculo para el crecimiento de nuestra mirada y nuestra razón, como escribe una de vosotros. «He visto, entre los ritmos aparentemente monótonos de la vida que a veces me agotan diariamente, algo que me ha llamado la atención, que me atraía. Mi corazón no ha podido resistirse ante esa pequeña mecha que prendía dentro de mí». Otra amiga observa: «He empezado a mirarme, pero no para compararme con los demás ni para llamar su atención. Concretamente, he empezado a descubrirme y a descubrir preguntas que llevo en el corazón últimamente». Otro, después de escuchar en el Triduo pascual el testimonio de nuestro amigo Alfonso Calavia, escribe que quiere «vivir el cristianismo como una experiencia amorosa». Y por último una amiga dice: «Estoy convencida de que cada acción, cada situación, hasta la más tremenda, lleva dentro algo bueno. Sin estos meses, probablemente no me habría dado cuenta de la belleza de las pequeñas cosas».

Una de las afirmaciones de don Giussani que más huella han dejado escuchando las lecciones de Andrea en el Triduo es esta: «La solución de los problemas que plantea la vida cada día “no se produce afrontando directamente los problemas, sino profundizando en la naturaleza del sujeto que los afronta”» (L. Giussani citado en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 518). Ciertas afirmaciones nos llegan hasta el alma, nos desafían cuando las sorprendemos en la vida cotidiana. Por eso, Julián, quiero darte las gracias de manera especial por cómo nos estás acompañando a este nivel. Yo, que soy un pobrecillo, puedo volver a vivir en cada instante con esa humanidad y razonabilidad que tú nos testimonias continuamente. Así, cada circunstancia se convierte en ocasión para dar un paso, para descubrir algo de mí mismo, y no solo para mí sino para el mundo entero, para toda la gente que nos encontramos.

Intervención. *Lo que he aprendido estos meses, especialmente después de los tres días del Triduo, es que la vida es una batalla no contra el Covid y las clases online, que son circunstancias contingentes, sino contra la nada. Al decir «la nada» me refiero a aquello que nos provoca una sensación de vacío. Esa desagradable y triste sensación que tenía constantemente en plena pandemia y que me hacía estar tan mal. Después del Triduo, ya no quería seguir viviendo en esa nada, ahora ya no quiero esa nada. Como decía Alfonso Calavia en su testimonio, «la necesidad lucha contra la nada». En realidad, me costó un poco entender esta frase. Si lo he entendido bien, significa que somos nosotros, con nuestras exigencias y deseos, los que debemos reaccionar ante la nada y contraatacar. Basta ya de vivir la vida de manera pasiva, basta de conformarse, basta de fingir que todo va bien. Yo quiero irme a la cama feliz, quiero vivir cada día con el corazón lleno. Estamos*

hechos para ser felices y, como aprendí en el Triduo, para ser felices debemos comparar lo que tenemos delante con las exigencias de nuestro corazón. Tengo que preguntarme si cada cosa es para mí o no, debo entender qué quiere, qué busca, qué necesidad tiene mi corazón. Estos días estoy aprendiendo que lo que mi corazón quiere es una presencia y lo he descubierto gracias a los encuentros con mis amigos. Lo que estoy intentando hacer estos días, por tanto, es descubrir en cada persona esa presencia que mi corazón tanto desea.

Intervención. *Hace unas semanas, en mi grupo leímos la segunda ficha del Triduo, que entre otras cosas hablaba de Judas. La ficha decía que él, que también vivía con Jesús y tenía los ojos llenos de hechos excepcionales, estaba siempre en un estado de «espera de», le parecía que nunca llegaba a un punto resolutivo que superase definitivamente todos sus límites y problemas. Yo creo que siempre estoy en esa situación. Aunque yo también tengo los ojos llenos de hechos excepcionales –¡realmente excepcionales!–, que parecen indicar un camino segurísimo ante todas las preguntas que surgen, la tristeza permanece y, de hecho, en algunos casos parece mucho más grande y profunda. Por eso quería preguntar: esta tristeza que, al menos por lo que estoy viendo, permanece, ¿puede no ser una objeción a lo que hemos encontrado?*

Julián Carrón. ¡Hola a todos! Siempre me alegra veros porque, con vuestra franqueza, con vuestra lealtad con vosotros mismos, siempre ponéis sobre la mesa lo que os urge como jóvenes que sois. Realmente estos meses han supuesto para todos nosotros, y por tanto también para vosotros, una provocación única, tal vez la mayor que hemos afrontado en la vida. Ahora parece que todo está pasando, pero todos recordamos que no fue inmediato –mientras lo estábamos atravesando– comprender el significado de lo que estaba sucediendo. Por tanto, la cuestión es si esta circunstancia, con la sensación de vacío que a veces le ha hecho percibir, ha permitido a la amiga que ha intervenido en primer lugar aprender algo. La cuestión es si esta provocación de la realidad nos ha hecho aprender algo, si el vacío que uno se encuentra dentro o –como decía el que acaba de intervenir– la tristeza que uno siente nos permite descubrir algo de nosotros mismos. Cada provocación de la realidad representa una ocasión para descubrir cada vez más quiénes somos. Muchas veces pensamos que lo tenemos que aprender no sé dónde, mediante algún recorrido extraño. No, amigos, solo viviendo podemos descubrir quiénes somos. ¿Os podíais imaginar tener un corazón tan grande como para experimentar ese vacío, como el que habéis leído en lo que expresan ciertos personajes o poetas? Solo cuando experimentamos que tenemos un corazón así, nos damos cuenta de la inmensidad, del abismo de ese vacío y de esa tristeza. Nos sorprende reconocer que son inconmensurables. ¿Y qué dice eso de nosotros? Documenta nuestra grandeza, que no podemos conformarnos con cualquier cosa.

Pero alguien podría pensar: «Percibir esta sensación de vacío, esta tristeza o esta desproporción es un incordio». Yo no estoy de acuerdo. Figuraos si Aquel que nos hace, igual que generó tal cantidad de pajarillos, no habría podido generar también a otros seres que se conformaran con lo que son, otros astros que pudieran girar perfectamente sin echar nada de menos, otros peces o perros. Sin embargo, quiso generar a unos seres que pudieran participar de una plenitud que los perros ni siquiera pueden soñar. Percibir toda la vibración de nuestra humanidad es el signo –decía un genio como Leopardi– de nuestra grandeza. Si uno es leal con su experiencia, no puede dejar de reconocerlo. Al perro no le falta nada, pero yo os pregunto: «Cuando te enamoras, ¿te gusta echarle de menos, a él o a ella? ¿O preferirías ser una piedra para no echarle de menos?». A las piedras no les falta nada, ¡pero tampoco disfrutan de nada! Menos mal que a veces las cosas no van como teníamos previsto, porque la vida sería entonces plana, quedaría reducida a algo que soportar.

Ahora al menos empezamos a percibir que todo lo que la vida suscita en nosotros –la sensación de vacío, la tristeza– dice lo grande que es nuestro corazón, que estamos hechos para una plenitud que va más allá de cualquier imaginación.

Esto, en primer lugar, nos ofrece la posibilidad de no renunciar a la grandeza de nuestro corazón, porque estamos hechos para algo grande, para una plenitud cada vez más desbordante. En segundo lugar, nos impide dejarnos engañar por cualquiera, conformarnos pensando que cualquier cosa vale.

El Misterio nos ha lanzado a la batalla de la vida con un detector para interceptar, como decía nuestra amiga, en qué personas podemos ver esta grandeza de vida. Encontrarse con personas así nos da la certeza de que lo que esperamos existe, que ese vacío que a veces sentimos, que esa tristeza que experimentamos es, como dice santo Tomás, «deseo de un bien [aún] ausente» pero real. Por eso tu tristeza, amigo, no es una objeción, más aún, es lo que nos impide conformarnos.

Me sorprende que esta naturaleza nuestra, a pesar de todos los líos que nos hacemos, de todos nuestros intentos de huir, nuestros empeños por ocultarla, por distraernos, no suelta su presa en nosotros; y desde nuestro interior nos empuja a buscar aquello para lo que estamos hechos. La aventura de vivir consiste en esta búsqueda. ¿Qué es entonces lo decisivo? Para poder interceptar esas presencias de las que ella hablaba, hay que estar atentos. Cuanto más nos desafía y provoca la vida, más fácil es identificar a las personas en las que vibra esa plenitud que deseamos. El detector para reconocerlas lo llevamos dentro: esa tristeza es signo del deseo de un bien que aún debemos encontrar.

Por tanto, solo quien está dispuesto a participar de la aventura de la vida podrá encontrar, según un designio desconocido, personas en las que vea suceder lo que desea.

Barberis. Me doy cuenta de que, como decías tú ahora, nuestra naturaleza no desiste. Leyendo las contribuciones que han mandado estos jóvenes, veía que muchos de ellos han empezado a secundar su propia naturaleza sin miedo, y así se han dado cuenta de que crecían, se han hecho más conscientes.

Intervención. *Cuántas veces nos pasa que nos sentimos bien, en la cumbre de lo que podríamos llamar la «normalidad», pero en cambio hay algo que nos falta. ¿Pero qué es lo que nos falta? ¿A qué se debe? ¿Cómo se puede colmar? Muchas veces me descubro con estas preguntas, me pregunto por qué no llego a estar realmente satisfecho, por qué me sumerjo en mis miedos e inseguridades. Cuando estaba bien me bastaba poco para cambiar de humor: un simple imprevisto o una cuestión que había quedado pendiente y que me roía como la carcoma. Lo que me ha ayudado a volver a ser yo mismo, a comprenderme y a ponerme con mayor conciencia delante de las dificultades ha sido un diálogo. Encontrar personas con una humanidad infinita que se hacían las mismas preguntas que yo, o que ya habían encontrado respuestas, me ha llevado a abrirme, a ponerme en juego, a compartir mi vida como ellos compartían la suya. Por todo ello no puedo dejar de dar gracias por el grupo de bachilleres que he conocido este año, que ha sido mi primer punto de referencia para volver a empezar y profundizar en mi propia humanidad. Lo cual no habría sido posible si no fuera por mi profesora, que en una jornada monótona, como tantas, me propuso participar en un encuentro. Fue suficiente esa hora juntos en el grupo para entender que no habría podido encontrar en ningún otro sitio una correspondencia mayor y que ya no podía prescindir de esa fantástica compañía. Si puede llamarse «casa» a un lugar al que uno vuelve porque allí se encuentra bien, entonces puedo llamar así a los bachilleres. Gracias al grupo, y especialmente a mi profesora, he aprendido a mirar mis miedos como algo amigo, a descubrirlos en vez de esconderlos, porque nuestros miedos también suscitan preguntas sobre nuestra humanidad y nos ponen en movimiento para conocernos a nosotros mismos. A menudo, en ocasiones especiales, como por ejemplo nuestro cumpleaños, antes de apagar las velas nos dicen: «Pide un deseo», pero una vez expresado se nos olvida, porque solo lo consideramos un deseo, mientras que el deseo es en realidad el motor que nos mueve a cada uno de nosotros. Cuando deseamos, buscamos la manera de saciar nuestra hambre de vida y eso nos lleva a abrirnos a un diálogo, a la alteridad, a la fecundidad de la vida. Desear es como apagar las velas, pero manteniendo encendida la llama dentro de nosotros.*

Intervención. *Hace dos semanas, un hecho grave me sobrecogió, a mí y a toda mi clase. Un compañero de clase, aunque no era de mi círculo más estrecho, se quitó la vida. Las últimas semanas, sobre todo los primeros días, estuvieron llenas de dolor, como si una lanza nos hubiera traspasado a todos, a mí y a mis amigos; algo inimaginable, humanamente angustiante. Realmente el dolor nos hace a todos hermanos, radicalmente desarmados, impotentes y asustados. Pero estando todos ante un hecho tan grave, se dio una unidad y una verdad en las relaciones con todos mis compañeros,*

amigos y profesores que nunca antes había experimentado, aunque siempre lo había deseado. Es realmente cierto que, cuando nos enfrentamos a algo grande y doloroso, despertamos inmediatamente de nuestro torpor cotidiano y nos provoca a ser leales con nosotros mismos y con cualquiera que tengamos delante. Sobre todo, junto a este gran dolor, pude experimentar una gran cercanía y, como consecuencia, una infinita gratitud por la compañía de amigos que se me ha dado y por el don de la fe, que me hace decir con certeza que ni mi compañero ni nosotros acabaremos en la nada, sino en Él. La compañía que me ha sostenido estos días ha tomado muchas formas: mensajes, audios, llamadas, visitas y la oración, tan valiosa, que os pido también a todos vosotros. Deseo de verdad que todos puedan encontrar una amistad así, la única manera de poder atravesar cualquier dolor sin quererlo borrar, que es justamente la tentación que ahora siento más viva, pues con el paso del tiempo el impacto obviamente va perdiendo fuerza. Hace unos días, pensando en lo que había pasado, me di cuenta de que este hecho tan dramático me reclama y nos reclama a tomar conciencia de que nuestra humanidad está constituida por un grito inextirpable de felicidad que, si se convierte en petición y no en aislamiento y cerrazón (actitudes con las que veo que tengo que enfrentarme todos los días), puede llegar a ser sin duda esa grieta por la que entra el bien, la belleza, la luz y el amor. Para mí ha sido y es cada día así. Me sorprenden sobre todo dos cosas. La primera es que este hecho tan grave se ha insertado en todo el camino de este año sobre el tema del dolor, provocado por varios hechos que me han llevado a descubrir a muchísimas personas que me han testimoniado y me testimonian ahora que es posible vivir cualquier circunstancia, incluso el dolor. Ciertamente, nada podrá separarnos del amor de Cristo, y en todas estas cosas obtenemos la victoria más completa gracias a Aquel que nos ha amado, como decía san Pablo. Lo segundo es que me doy cuenta de que lo que acabo de decir –esto lo veo clarísimo– no es fruto de una capacidad mía, sino de algo que se me ha dado y que deseo aferrar cada vez más durante toda mi vida, también y sobre todo dentro de mis dificultades y fragilidades. Por último, deseo que la radicalidad de estar delante de las cosas, tal como se ha suscitado en este tiempo por un hecho tan desagradable –que aún no comprendo y que deseo que nunca más le pase a nadie–, esté cada vez más presente en mi vida. Deseo ser ayudado para vivir mendigando cada día poder estar delante de la verdad y de la realidad, y que todos, especialmente los que se encuentran sumidos en la desesperación y en el abismo del dolor, puedan experimentar este abrazo de amor total.

Intervención. *Quería contar dos hechos. El primero tiene que ver con las clases. Desde que empezó este curso me preguntaba cuál era el motivo por el que había elegido precisamente este instituto entre todos los demás, qué había allí para que yo lo hubiera elegido. En cuatro años no le había encontrado sentido y este año he trabajado mucho en ello, sobre todo desde que un profesor, en la entrevista con mis padres, dijera: «Vuestra hija es buena, está atenta y pendiente, la podría considerar incluso la mejor alumna de la clase, pero tiene que apasionarse, tiene que poner algo de su parte en las cosas que vemos en clase». Eso era, lo que me faltaba era justamente la pasión que permite saborear las cosas hasta el final. Así que me puse en marcha, paso a paso. No fue fácil, y no niego que a veces me veía obligada a estudiar, tal como decía Carrón en el encuentro con los de la Evau: para apasionarte por el estudio, lo único que hay que hacer es estudiar. Y así es, efectivamente solo se puede hacer de esta manera. Yo he probado y sin duda lo he visto. Ahora percibo el gusto de hacer las cosas y me causa satisfacción entender cosas en latín, ver por qué se escribía de cierta manera en griego, me gusta leer la historia. El segundo hecho sucedió hace poco. Desde hace tiempo, también en el Triduo, oímos hablar de un joven enfermo de ELA. Una amiga mía me invitó a ir a verlo, y fui con un grupito de gente. Después de esperar un rato en la terraza –¡que era maravillosa!– entramos y me quedé parada ante una figura quieta en la cama con unos ojos llenos de asombro. Lo primero que nos dijo fue: «¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Por qué venís justo aquí?». Pues bien, ¿qué estábamos haciendo? Empezamos a hablar de qué nos había llevado hasta él. Luego hubo un momento de silencio, nos miró a los ojos uno a uno, con una mirada penetrante, de esas que te hablan y te miran por dentro, asomándose a lo más profundo. Luego nos preguntó quiénes éramos y qué hacíamos. Su manera de hablar con nosotros parecía, a pesar de todo, increíblemente normal. Al*

salir me acerqué al balcón y lo único que podía hacer era llorar, había estado intentando contener las lágrimas pero ya no podía más. Me sentía como si me hubieran arrojado contra un muro, como esos muñecos de Lego ensamblados que, si los tiras contra la pared, se deshacen mostrando las piezas que componen el conjunto. Me sentía de tal manera que decía: «¿Y ahora qué carajo hago? Ahora que he visto a una persona que puede vivir así, a pesar de no poder hacer nada, ¿qué hago yo?», como si hasta entonces hubiera vivido como uno de esos volcanes inactivos, que están en silencio y no dan señales de actividad, aunque no estén apagados. Me puso delante de cómo tengo que afrontar la realidad de verdad, sin quedarme bloqueada por mis tareas. ¿Pero cómo? Me parece tan difícil llegar a decir, como decía esta persona: «Me fío completamente, me abandono completamente». Decía que era un instrumento en Sus manos, que no era él quien nos atraía, sino ese otro Él que se nos mostraba mediante su persona. ¿Pero cómo lo hago yo? ¿Cómo puedo tener la certeza de que luego no haya contraindicaciones? Yo veo que las cosas pasan, las veo y me sorprende. Veo a esa persona con ELA y es evidente que hay algo detrás, pero luego, cuando se trata de mí, todo se derrumba porque no sé cómo moverme. ¿Qué tengo que hacer ahora que todo esto se me ha puesto delante?

Carrón. Antes decía Francesco: «Darse cuenta de que uno crece». Podemos ver que algo que nos ha pasado en la vida es realmente útil cuando crecemos en la conciencia de nosotros mismos. Como cuando uno está estudiando, ¿cómo se ve si ha aprendido algo? Si al hacer el examen puede dar las razones de un tema; si, aun habiendo estudiado, no crece su conciencia, se queda igual que antes. Lo vemos todos los días. No basta con estar en clase y calentar la silla como si fuéramos una piedra, no basta con atravesar pasivamente la pandemia. Hay que tomar conciencia de las cosas que aprendemos, en clase y en la pandemia. Todos comprobamos lo que hemos aprendido por las provocaciones de la vida. Hace poco pensaba que, justo ahora que empezamos a volver a la llamada «normalidad», todos podemos comprobar cómo hemos vivido los meses de la pandemia.

Me ha pasado leyendo un artículo de una escritora española que vive en el centro de Madrid y desde la ventana de su casa ve estallar la vida, la movida; durante meses todos esperaban poder volver, poder empezar de nuevo a vivir, poder reencontrarse con sus amigos para estar juntos. Pero esta escritora no solo ve eso, se habría podido limitar a decir que por fin volvemos a la normalidad. En cambio se ha preguntado: de todos los que salieron a las calles de Madrid durante toda la noche, ¿«cuántos se fueron contentos a la cama esa madrugada»? (R. Montero, «Hoy, aquí, ahora», *El País*, 23 de mayo de 2021). Con esta pregunta tendrá que medirse cada uno –de hecho ya lo está haciendo– porque cuando volvemos a empezar a vivir algo que hemos esperado durante meses (la vuelta a la normalidad) se ve si hemos crecido, si este «darse cuenta de que uno crece» sucede de algún modo en nuestra vida. Todos nos hemos visto desafiados estos meses, como decíamos antes, y tal vez todos hemos pensado: «¡Por fin lo entiendo! Cuando vuelva a la normalidad podré afrontar la vida con más conciencia, no perder el tiempo, vivir apegado a lo que es esencial para vivir, sabiendo qué es lo que vence al miedo». También lo describe esta escritora, apegada a la vida, hablando de amigos suyos a los que diagnostican un cáncer y que «aseguran que la enfermedad les ha abierto los ojos y que, si salen de esta, nunca más volverán a desperdiciar el tiempo ni a preocuparse por tonterías ni a dejar de apreciar los verdaderos valores de la vida». Me sorprende porque parece que describe una situación que nosotros también vivimos muchas veces. En ciertos momentos es como si nuestra mirada se abriera de par en par y por fin viéramos con claridad la vida, con toda su dramaticidad, con todo su misterio, con toda su fuerza de provocación, y pensamos que ya es nuestra esa mirada abierta que experimentamos en ese momento. Pero esta escritora nos desafía diciendo que esos amigos, una vez curados, se olvidan de lo que han aprendido durante la enfermedad y «vuelven a recaer [...] en la misma confusión sobre lo que son y lo que desean» (R. Montero, «Hoy, aquí, ahora», *El País*, 23 de mayo de 2021). ¿Por qué? Porque su mirada se ha abierto, sí, pero no se ha hecho suya, no la han adquirido hasta el punto de que permanezca en el momento de volver a la normalidad.

Esta me parece la mayor ayuda que debemos darnos para no perder no solo lo que otros nos puedan haber dicho, sino sobre todo lo que hemos visto con nuestros propios ojos. La vida nos ha provocado,

ha abierto nuestra mirada de par en par y nosotros hemos visto las cosas con más claridad, sin la complicación habitual, sin esa niebla que a veces nos impide ver con nitidez lo que hemos visto con nuestros propios ojos. Pero es como si al cabo de un tiempo volviera a descender la niebla y nosotros volviéramos al punto de partida sin haber aprendido nada. Por eso siempre me sorprende esta frase de Eliot: «¿Dónde está la Vida que hemos perdido viviendo?» (T.S. Eliot, *Coros de "La Piedra"*, en *Poesías reunidas*, Alianza, Madrid 1995, p. 169). Perder la vida viviendo, es decir, en vez de crecer para prepararnos para vivir cada vez mejor, es como si de todo lo que vivimos –lo que se nos da justamente para crecer, para aprender a vivir, para comprender cada vez mejor nuestra vida, para entender cómo se puede estudiar mejor, cómo disfrutar del estudio, cómo estar delante de las dificultades– no quedara nada.

Creo que ahora tenemos por delante una oportunidad espectacular. En la pandemia, el desafío era cómo vivir ante el vacío que decíamos antes, ante la soledad o el no poder ver a los amigos, no poder compartir con nuestros compañeros las horas de clase. Pero ahora ese desafío ha decaído, para los de la movida de Madrid y para todos nosotros que volvemos a la llamada «normalidad» y que el primer fin de semana con un poco de libertad nos chocamos con la desgracia del teleférico del Mottarone, con la ELA de un amigo o con el suicidio de un compañero de clase. Delante de estas circunstancias de la vida es donde podemos entender si tenemos la experiencia de crecer, si hemos crecido. No basta con haber atravesado la pandemia, no basta con haber estado en clase para aprender algo, no basta con hacer ciertos gestos para que quede algo que enriquezca la vida y no haya que volver a empezar siempre de cero, como si no hubiéramos aprendido nada. Para que la vida sea vida, es decir, una aventura, hay que prepararse. Esto es fundamental para disfrutar del estudio y de las relaciones, para entender cuál es la importancia de los amigos, para descubrir las respuestas a nuestras preguntas más urgentes, para afrontar todos los desafíos que tenemos por delante.

Por eso, todos tenemos ahora una tarea. ¿Y cuál es esa tarea, chicos? Vuestra tarea, la mía, la de esta escritora española, la de los jóvenes de la movida de Madrid, ¿cuál es? Verificar qué hemos aprendido durante el estado de alarma, durante la pandemia. Si hemos aprendido algo o si ya lo hemos olvidado. Darse cuenta de que hemos olvidado algo también forma parte de esa verificación, porque así podemos volver a aferrarlo de nuevo, podemos ser tan amigos que no dejamos que se pierda lo que hemos intuitido, esa mirada nueva que hemos interceptado como algo deseable para vivir. Hay una aventura fascinante que nos espera: verificar si hemos crecido. Sería una verdadera lástima que todo el esfuerzo de estos meses se perdiera en la nada, que no hubiéramos crecido ni captado el significado de todo lo que hemos vivido.

Por eso, ayudaros y ayudarnos entre nosotros ahora, compartiendo la nueva autoconciencia que hemos alcanzado, la conciencia de haber crecido, me parece el mayor gesto de amistad que podemos tener unos con otros para que no acabe en el olvido lo que hemos vivido. Hemos tenido la fortuna de encontrar a un gran amigo –don Giussani– que vivió con una conciencia que le permitía no perder las cosas que le pasaban, y por eso él nos ayuda a vivir. ¿De qué cosas nos acordamos? ¿Qué ha enriquecido nuestra vida para siempre? Cada uno lo ve cuando, ante ciertas situaciones nuevas, recuerda hechos que habían quedado ahí, en el cajetín de su memoria, y afronta las circunstancias a la luz de esos hechos. Por tanto, ¿qué es lo que recordamos? No lo recordamos todo, ¡hay muchas cosas que olvidamos! Solo recordamos las cosas que hemos juzgado, porque al juzgarlas nos damos cuenta de si hemos crecido realmente.

Todos hemos vivido estos meses, más o menos todos (depende de la seriedad con que hayamos vivido) hemos aprendido algo, todos hemos visto algo y en cierto modo se ha abierto nuestra mirada, pero no porque nos hayan pasado hechos grandes o pequeños –como decíais– nos van a hacer crecer, porque a un perro también le pasan cosas, pero no es capaz de juzgarlas. Nosotros también podemos vivir como perros, es decir, sin la conciencia de ser hombres y mujeres, sin darnos cuenta de las cosas. Y no por maldad, sino por una falta de seriedad con nosotros mismos. Y así desperdiciamos la ocasión de crecer. Por eso me parece que al acabar el curso, al tener más tiempo libre, menos estrés, pudiendo relajarnos, podemos ponernos una tarea para el verano. Cuando –estando en la playa, en la montaña, dando un paseo o en unas vacaciones– nos venga a la cabeza algo que hemos aprendido, apuntémoslo.

Será como llenar el archivo de la memoria de una riqueza experimentada. Mirad, por ejemplo, la frase de don Giussani que citaba Andrea en el Triduo y que Francesco ha repetido antes: «La solución de los problemas que plantea la vida cada día “no se produce afrontando directamente los problemas, sino profundizando en la naturaleza del sujeto que los afronta”». Giussani podía decir estas cosas porque, viviendo así, llegaba un momento en que las aprendía. Y nosotros podemos disfrutar de lo que él aprendió, podemos afrontar las circunstancias con la riqueza acumulada por alguien que se daba cuenta de las cosas. Del mismo modo, vosotros también os podéis ayudar mutuamente. Cuando os enamoréis, podéis ayudar a vuestro novio o novia a entender qué es la vida, y en el futuro podréis ser padres o madres sin tener que empezar todo de cero. Solo podréis ofrecer a vuestros hijos el sentido de la vida si no desperdiciáis el tiempo ahora, es decir, si todo lo que os pasa en la vida os hace crecer. De otro modo volveremos a la llamada «normalidad» viviendo igual que antes, habiendo perdido la ocasión.

Barberis. Creo que nadie quiere perder la vida viviendo, nadie querría perder lo que ha visto (como decías antes) con sus propios ojos, nadie querría volver a adentrarse en la niebla que ofusca las cosas. Yo lo pienso mucho, no solo por los chicos sino también por mí, por mi familia, por los adultos que conozco. Nadie querría perder la vida, pero sucede.

Carrón. Cierto.

Barberis. ¿Y por qué a ti no te pasa? Acabas de usar el verbo «juzgar» para conservar lo que nos ha pasado. Lo decía ya al comienzo, esta es una de las cosas que más me llama la atención, que más me ayuda a vivir lo cotidiano. Te pregunto si a esto puedes dedicarle alguna palabra más, porque me parece un punto crucial, pero también el que más solemos dar por descontado y el que perdemos más fácilmente.

Carrón. Esta es una de las cosas que más me fascinó al conocer a don Giussani, una gracia que pude experimentar precisamente gracias a él. Me fascinó porque, antes de conocerle, a mí me pasaba lo mismo que a vosotros. Tenía mi humanidad igual que vosotros tenéis la vuestra, tenía mis tristezas como vosotros tenéis las vuestras, tenía mis preguntas como vosotros las vuestras, y me pasaban cosas como os pasan a vosotros, pero nunca me daba cuenta de que tenía un instrumento al alcance de la mano. Solo me di cuenta cuando conocí a don Giussani: yo tenía la capacidad de juzgar. Hacer experiencia no es solo probar algo, no basta con que suceda algo en la vida para poder hacer experiencia. De hecho, podemos probar muchas cosas, ¿pero de cuántas aprendemos, cuántas nos hacen crecer? Este descubrimiento me dio un vuelco, y por eso siempre le decía a don Giussani: «Te estaré agradecido toda la vida porque cuando te conocí me permitiste hacer un camino humano conscientemente»; ¡eso me entusiasmaba! Cuando uno quiere caminar, estudiar o investigar en un laboratorio, la cuestión es aprender un método. No basta con tener momentos geniales, hay que aprender un método mediante el cual todo lo que pasa en la vida –ya sea bonito o feo, no importa– me permite aprender algo. Porque, como dice una amiga mía, «un experimento siempre es un experimento»; incluso cuando el experimento no sale según lo previsto, aprendes algo igualmente. Cuando vas a comprar unos zapatos, al probártelos puedes decir: «No, este no es mi número». Siempre creces, no solo cuando das con la respuesta exacta, sino también cuando te equivocas. Imaginaos poder vivir con esta tensión de que nada de lo que pasa en la vida se pierda. Pero si no lo juzgamos, se pierde. Por eso me entusiasmó, y desde que conocí a don Giussani no he deseado otra cosa que este método, que él describe en el primer capítulo de *El sentido religioso* –no en el volumen número 38.000, no, ¡en el primer capítulo de *El sentido religioso!*–, pudiera llegar a ser mío. Con el paso del tiempo me entusiasma cada vez más. Si esto lo he podido hacer yo, vosotros también podéis hacerlo si queréis: aprender un método que os permita aprender de todo lo que suceda. No es que uno tenga que ser muy bueno, que no pueda equivocarse o enredarse, porque siempre se puede aprender, en cualquier situación en que uno se encuentre. Por eso insisto tanto en decíroslo. No estoy aquí para resolver un problema particular que tengáis, sino para indicaros un método útil para cualquier situación en que uno se encuentre, para aprender de cualquier eventualidad: pandemia, vacío, tristeza,

melancolía, mal, error, ¡todo, todo, todo! Entonces no tenemos que censurar nada, que es como decir que no queremos desperdiciar nada. ¿Está claro?

Intervención. *Estos últimos días de clase me están costando un poco. Me encuentro muy cansada y triste porque a veces me parece que el primer impacto con la realidad siempre genera una herida frente a las expectativas y el gran deseo que tengo. Hay días en que realmente sale a relucir todo el peso de la contradicción y de mi impotencia, y verme tan cansada se convierte en motivo de escándalo. Me gustaría estar siempre presente, de verdad, que las cosas fueran claras y sencillas, y me gustaría vivir cada momento con esa plenitud y esa obediencia que he reconocido otras veces. En este sentido, me doy cuenta de que lo más absurdo es que si mi inquietud es motivo de escándalo para mí, no lo es para mis amigos, que me obligan a mirar todo lo que llevo dentro sin dejar nada fuera, que aman mi corazón como no lo amo yo, custodiándolo como algo precioso que llevo conmigo. Tengo en mente dos episodios de esta semana –aunque podría contar muchos más– donde me he dado cuenta de que soy mirada y querida porque existo, y por nada más. El primero fue un diálogo que tuve con dos amigos el jueves por la tarde. Fue breve, pero profundamente verdadero, porque veíamos que la grandeza está realmente en el camino, en recuperar continuamente las cosas más grandes y verdaderas, y en reconocerse continuamente necesitados. Pero aparte de todo eso, lo más grande no era lo que decíamos, aunque me está acompañando, sino el hecho de que estos amigos existen para mí, que yo puedo preguntarles cuando no entiendo algo y que me acompañan de una manera que solo puede suscitarme agradecimiento, que me reclaman a vivir y a estar presente en las cosas que se me piden. El segundo episodio sucedió el sábado por la tarde. Tuvimos el ensayo del coro, al que llevaba dos semanas sin ir debido a la cuarentena, y fue precioso porque me sentí enormemente abrazada por esos amigos, a los que les bastaba el mero hecho de que yo estuviera allí. Veo que este bien que recibo, que allí se hizo evidente, me libera porque puedo seguir sencillamente y volver a reanudar el camino, con todas mis fatigas y objeciones. Parece que los momentos en que estoy más cansada o entiendo menos, conllevan una ternura y una atención hacia mí, porque me ponen delante signos inequívocos de una amistad que me llena con su sobreabundancia. Como me decía un gran amigo, el método se convierte en compañía, no soy yo quien se impone el seguimiento o la obligación de estar, cosa que a veces me pasa porque en el fondo prefiero estar sola, pero es justamente como estar siendo guiada y acompañada en cada paso. Son amigos que con su presencia me indican un camino: «Sígueme, yo te guío», como dice Jesús a sus discípulos. Vivo pensando en las caras de mis amigos más queridos y, para mí, volver a darme cuenta de esto es lo más grande: redescubrir continuamente que no estoy sola, que hay una compañía que nunca decae, que soy objeto de un amor que no me pide nada a cambio, que solo espera que yo ceda ante la correspondencia que suscita. Estoy descubriendo una dimensión de comunión y filiación que me hace sentirme totalmente abrazada y, en virtud de este bien que recibo, me veo en último término serena, como si hubiera una confianza última. Ante los estudios que me esperan, ante la Evau, ante la elección universitaria, ante los grandes esfuerzos que se les piden a varios amigos, no puedo tener miedo porque constantemente hay alguien que me sostiene de la mano, porque dependo de este amor y a él puedo pedirle todo.*

Carrón. ¿Ves? En lo que dices demuestras que ya estás haciendo este camino. Por una parte, el primer impacto con la realidad te provoca muchas veces una herida, adviertes una contradicción, sientes toda tu impotencia –¡bienvenida al club de los humanos!–, y la inquietud que sientes te escandaliza: «Es un escándalo para mí», dices. Es como si no supieras qué puesto ocupa en tu vida, qué papel tiene toda esta vorágine que llevamos dentro. Y como no lo entendemos, pensamos que la mejor solución es quitársela. Pero como no la podemos eliminar y nos confunde, entonces nos escandalizamos. Pero en un momento dado aparece una novedad: te encuentras con unos amigos que miran tu humanidad sin escandalizarse, y eso te permite mirarte sin escándalo. Es lo mismo que me pasó a mí. Yo veía la audacia con que don Giussani miraba o hablaba de cosas que me escandalizaban, y eso me permitía mirar cosas que antes no era capaz de mirar, igual que tú. Me sorprendió el gran testimonio que don Giussani dio en la plaza de San Pedro, delante del Papa y de la Iglesia, en 1998 (está publicado al

principio de *Crear huellas en la historia del mundo*). Empezó su intervención hablando de la mirada que había entrado en su vida, la mirada de Jesús. «Ninguna mujer ha escuchado jamás otra voz que hablara de su hijo con la misma ternura original, con la misma valoración indiscutible del fruto de su seno, con semejante afirmación totalmente positiva de su destino: únicamente la voz del hebreo Jesús de Nazaret». Esta mirada no es de escándalo, es una mirada llena de ternura, de valoración del fruto del seno de una mujer, es afirmación positiva del destino que Jesús ha introducido en la historia. «Pero, más aún, ningún hombre puede sentirse afirmado mejor, con la dignidad de quien tiene un valor absoluto que está por encima de cualquier logro suyo», que cuando es mirado por Jesús. «¡Nadie en el mundo ha podido jamás hablar así! Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio».

Por eso, los amigos con los que te encuentras, que te pueden mirar sin escándalo, que pueden mirar tu humanidad así, abrazarla así –como yo me sentí mirado y abrazado por Giussani–, son el signo de Cristo, que llega hasta ti a través de ellos. Su mirada empieza a convertirse en la de ellos, te miran como ellos han sido mirado, y a través de ellos tú podrás aprender a mirarte a ti misma de otra manera. En vez de seguir escandalizándote, encuentras en ellos la posibilidad de recuperar las cosas más grandes y verdaderas, como dices, porque empiezas a mirarlas no como algo que desechar porque no entiendes para qué sirve, sino que las miras con toda la ternura con que Jesús miraba a la samaritana, que tenía la misma sed que tú cuando te despiertas, que miraba a la pecadora, con todos sus errores, a Zaqueo o a Pedro. Su mirada les permitía a cada uno de ellos no escandalizarse por todo lo que no estaba en orden en su vida –Jesús vino precisamente para aquellos que no lo tienen todo en orden, no vino para los sanos sino para los enfermos, no para los justos sino para los pecadores–. Es una mirada que abraza toda nuestra humanidad. Él trazó el camino y llega hasta nosotros a través de estos amigos, porque esta mirada no podríamos ni siquiera soñarla si no hubiera llegado hasta nosotros mediante una cadena de testigos, hasta alguien que te miró a ti que te escandalizabas de tu humanidad. Jesús permanece hoy, y tú lo puedes reconocer igual que lo reconoció la samaritana, porque te sientes mirada como ella se sintió mirada. Si esos amigos no hubieran conocido a Jesús, nunca te habrían mirado así –¡nunca jamás!– y tú tampoco te mirarías así si no fuera porque te has encontrado con alguien que te mira así. ¿Cierto? No podemos equivocarnos en este punto, no podemos pensar que “yo me lo guiso, yo me lo como”, no podremos mirar así hasta que esa mirada no empiece a hacerse nuestra. Él ha creado una compañía donde esta mirada se hace cada vez más nuestra y más cotidiana. Incluso cuando cambiamos de humor, cuando no hay *feeling*, cuando nos complicamos y cae la niebla, siempre hay alguien que te mira de otro modo, y eso nos permite seguir caminando. Por eso, como dice tu amigo, el método es la compañía, pero no cualquier compañía, solo es método esa compañía que te mira así, y tú la reconoces porque es capaz de abrir de nuevo la mirada, te saca de tu escándalo, de la medida con que te miras, y vuelves a caminar. Entonces comprendes que no estás sola, y no solo porque tengas gente alrededor sino porque todos nosotros, que somos unos pobrecillos, mirándonos así unos a otros, testimoniamos la mirada que uno que se llama Jesús ha introducido en la historia hasta llegar a nosotros. No hay otra manera de mirar bien la realidad, a nosotros mismos y nuestro destino (también el del amigo que se quitó la vida o el que está enfermo): mirarlo todo con la mirada con que hemos sido mirados.

Esta es la aventura más fascinante de la vida. De otro modo perdemos la vida, y no porque no tenga sentido, sino porque, a pesar de que tenga un sentido y nosotros lo hayamos encontrado, a pesar de que haya alcanzado nuestra vida, muchas veces nos bloqueamos. Pero todo nuestro bloqueo y todos nuestros errores no nos pueden impedir reconocer la verdad cuando la vemos acontecer de manera evidente. Lástima que muchas veces vivamos como zombis, distraídos de lo que es la vida. Los amigos, los amigos de verdad, esos con los que uno se iría al fin del mundo, con los que afrontaría cualquier situación, son aquellos que nos ayudan siempre a ver de nuevo de manera adecuada, no porque nos ahorren la relación con nuestra humanidad sino porque con todo mi caos, mi escándalo y mi impotencia, me miran con esa mirada que nadie podrá nunca jamás arrancar de la historia. «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). Somos afortunados porque nos ha alcanzado y si tú, amiga, te dejas mirar así, podrás mirar así a tus compañeros, no porque lo practiques ni porque seas capaz, sino porque esta mirada se habrá hecho tuya.

Así podremos ser testigos de algo que hay en nosotros pero cuyo origen no está en nosotros, porque es un don gratuito que se nos ha hecho. ¿Cómo no asombrarse –en vez de escandalizarse– cada mañana por la fortuna que hemos tenido? Si te despertaras cada mañana con la conciencia de la gracia que has recibido, ¡cómo cambiaría todo! Ante todo, cambiaría el sentimiento de ti misma antes de afrontar la jornada, sea lo que sea lo que tengas que hacer, ¡porque estás definida por esta mirada! ¿Cómo se despertaría la samaritana después de toparse con aquella mirada? ¿Cómo se despertaría Zaqueo después de haber sido mirado por Jesús? ¿Cómo se despertaría Pedro, que le había traicionado, después de que Jesús le preguntara si le amaba? Es a esta vida a lo que se nos invita, sea cual sea nuestra fragilidad, nuestra debilidad o nuestros errores.

Esta es la aventura que no nos queremos perder, después de que por gracia se haya cruzado en el camino de nuestra vida.

Barberis. Os agradezco a todos esta jornada. Un gracias infinito a Julián, a Andrea y a los amigos aquí presentes. Nos vemos pronto. ¡Buen verano a todos!

Carrón. Adiós. ¡Buen verano!